

Recuperar el discurso oral en televisión

Mònica Terribas

- *Nuestros medios audiovisuales renuncian progresivamente al lenguaje oral en la búsqueda del control de los mensajes y la exactitud en la expresión de la información. Lo hacen a través de utensilios tecnológicos de gran eficacia como el teleprompter, pero el precio que han pagado para conseguirlo ha sido la deshumanización de la comunicación y cierto engaño al receptor. Hacemos creer que somos máquinas perfectamente informadas, porque somos capaces de decir sin equivocarnos textos que leemos, pero el uso de la tecnología que nos permite leer lo que decimos a través de la pantalla o de unos papeles ha desdibujado nuestra capacidad de comunicarnos de forma espontánea y nos ha hecho renunciar a una parte de la empatía que podemos establecer cuando, sencillamente, explicamos lo que sucede a la gente, tal y como lo haríamos a los que nos rodean. El presente artículo es una reflexión sobre el precio de recuperar la oralidad en el lenguaje audiovisual.*

Palabras clave

Discurso audiovisual, calidad televisiva, incidencia de la tecnología, espontaneidad, *teleprompter*.

Mònica Terribas

Periodista y directora de *La nit al dia*.

Profesora titular del Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual de la Universitat Pompeu Fabra.

Éstas son las reflexiones personales de una experiencia que me ha permitido recuperar en un informativo, *La nit al dia*, una forma de explicar la información que las facilidades tecnológicas han ido modificando. Renunciar al uso de alguna “muleta” tecnológica, como el *teleprompter*, me ha permitido recuperar el lenguaje oral que hoy, en radio y televisión, vive generalmente auxiliado o condicionado por la letra impresa, previamente redactada para ser dicha, pero inevitablemente leída. Éste no será, pues, un artículo de teoría, sino una extensión práctica de las reflexiones que en su día ya pude hacer en estos mismos *Quaderns del CAC* en relación con el concepto de calidad que aplican los directivos de los medios y que condicionan los mensajes también informativos (Terribas, 2002) y en el *Informe de la comunicació a Catalunya 2003-2004* sobre la letra pequeña de cómo se fabrica la información televisiva en el contexto actual y cómo se atenazan los criterios y la espontaneidad (Terribas, 2005).

Cuando la tecnología nos hace perder humanidad

La pérdida de oralidad en el discurso audiovisual se explica en términos tecnológicos. El caso que planteamos en el presente artículo muestra cómo la tecnología permite una mayor comodidad y control de lo que decimos a través de los medios orales, pero también cómo ese control y comodidad nos han devuelto, en algunos casos, ciertas barreras comunicativas propias de la era previa a la existencia de la radio, es decir, la distancia creada por un lenguaje pensado para ser leído y no para ser dicho.

Uno de los grandes valores de la llamada era Marconi, con la aparición de la radio, fue recuperar la oralidad y democratizar el acceso universal a la comunicación. Las personas que se sentían ajenas a la dinámica de la letra imprimida,

con la radio y, posteriormente, con la televisión, recuperaban una herramienta de comunicación que les permitía participar del mundo. No necesitaban saber leer y escribir; escuchaban. El valor de escuchar y entender, de descodificar rápidamente el lenguaje oral, de calle, las informaciones, las noticias, los comentarios, les hacían partícipes de una realidad que hasta entonces quedaba recluida en los diarios o libros, de acceso no absolutamente gratuito y, sobre todo, con implicaciones de culturalización y alfabetización que inevitablemente podían generar resistencias o incomodidades. Ese valor democratizador de la radio y la televisión fue la causa del gran *boom* de los medios audiovisuales y de que hasta día de hoy sean masivamente seguidos, mientras que la prensa mantiene porcentajes de difusión muy inferiores. El lenguaje directo de la radio y la televisión posibilita que el esfuerzo de descodificación de los mensajes sea inferior a lo que implica la lectura de un diario. Por eso, resulta paradójico que cuando la tecnología ha permitido introducir mejoras, hayan convergido en la creación de nuevas distancias entre el discurso oral y los receptores.

Ese sería el caso del *teleprompter* —máquina incrustada a la cámara que permite leer a través de un cristal un texto previamente escrito sin desviar la mirada del ojo del objetivo. Esta herramienta, en radio se traduce, sencillamente, en tener papeles delante y renunciar a confiar en las pautas que te da el cerebro. Vivimos en un mundo en el que nos colocamos permanentemente cojines para caernos sobre blando. La tecnología nos lo permite y es legítimo usarlos y, hasta necesario, para ser exactos, para ser precisos, para decir lo que queremos decir, para no equivocarnos. Pero debemos admitir que la búsqueda de la perfección, de la exactitud, a menudo nos hace perder la naturalidad con la que el cerebro y las emociones se conectan para explicar las cosas a los que nos rodean y, en consecuencia, nos hace perder también la humanidad del error, construyendo al mismo tiempo una falsa imagen de perfección que no se

corresponde con la realidad. Los que compartimos el oficio de hacer llegar informaciones a la sociedad, le hacemos creer nuestro dominio absoluto sobre todo, un *background* que no se corresponde con la formación que tenemos, así como una seguridad impostada. La tecnología consigue desdibujar la personalidad con todas sus fortalezas y debilidades. De algún modo, homogeneiza y convierte en aséptica a la persona que, ayudada por la muleta del cristal imprimido, traslada a la sociedad un discurso pensado ya con la seguridad de que será leído. Sin desmerecer las muchas ventajas que permite el *teleprompter*, al otro lado de la balanza pesan, a criterio mío, dos factores fundamentales: la pérdida de empatía del emisor con el receptor y la pérdida de la oralidad en la emisión del mensaje.

La pérdida de empatía del emisor con el receptor puede superarse a través de un lenguaje no verbal, a menudo artificial, estudiado, de gestos y miradas. Pero la clave se encuentra en el modo en el que decimos las informaciones, en cómo abordamos el discurso en cada momento, en función de la última información o imagen que hemos visto. A su vez, la empatía surge de la búsqueda de la mirada en el ojo de la cámara, donde inevitablemente encontramos un texto con líneas escritas que se leen de izquierda a derecha y de arriba abajo, que frenan esa búsqueda del otro en el otro lado de la cámara. Volveremos sobre ese punto.

La pérdida de la oralidad en la emisión del mensaje es evidente. El ejercicio es simple. Se trata de suprimir el *teleprompter* en la emisión de un informativo y ver de qué modo tan distinto se estructuraría el discurso periodístico para ser dicho, para ser explicado, sin la coraza de la letra imprimida. Existen recursos orales que fomentan la comprensión, el énfasis, muy difíciles de prever en el lenguaje escrito. Eso sí, también es cierto que, en el discurso oral sin redes, el cerebro fabrica espacios para el pensamiento que a menudo resultan incómodos para quien los escucha y ya no está habituado a hacerlo.¹

1 Recientemente, un espectador de *La nit al dia* envió un correo electrónico al programa airado, indignado, porque la conductora usa de modo involuntario “a, a...” dubitativo antes de empezar algunas frases. Este recurso feo (que permite al cerebro buscar las palabras adecuadas) es poco frecuente en el lenguaje oral formal de los medios, porque se ha perdido al estar basado, esencialmente, en la lectura de las pantallas. Cuando hablamos, todos fabricamos muletas para pensar, palabras oasis que nos permiten articular el discurso, pero en un entorno en el que este discurso es leído, esa característica de la oralidad desaparece y, cuando existe, sorprende e incluso molesta.

Esas dos pérdidas son las principales razones que me llevaron a renunciar a uno de los cojines más esponjosos de la televisión moderna, aquél en el que el trabajo de escritura previa te permite la recreación en las formas de presentación, de seducción, sin que el cerebro tenga que ocuparse con la misma intensidad de lo que se dice, porque previamente ha sido escrito. Y la que empieza a continuación es una de tantas posibles historias sobre la experiencia de querer recuperar el lenguaje oral para mantener la máxima oportunidad de empatía con el emisor y la máxima conexión entre el cerebro y las emociones en el momento de decir e interpretar la realidad.

Recuperar el control espontáneo del discurso

Cuando el entonces director de TVC, Joan Oliver, me propuso hacer un informativo en el 33, le expresé mi deseo de renunciar al *teleprompter*, decisión que él compartió enseñada porque también la había aplicado en su etapa de director y conductor del magazín de mañana *Bon dia, Catalunya*. Sin embargo, era delicado trabajar sin *teleprompter* en un informativo. La dinámica de control de tiempo había llevado a utilizarlo sistemáticamente, pero tuve la suerte de contar desde el principio con la convicción, coincidencia y complicidad de quien entonces dirigió *La nit al dia* y ahora es la jefa de informativos, Rosa Marqueta. Éste no es un detalle banal: la dinámica cotidiana de los informativos ha generado la dependencia de ese instrumento que permite, por una parte, el control colectivo del discurso informativo, previamente escrito y revisado y, por otra, la seguridad de que los conductores de los espacios no dependan exclusivamente o en el momento de emitir la información de sus habilidades discursivas y su *background* sobre las noticias. Es por eso por lo que la renuncia a un instrumento que permite esa doble seguridad de control de contenidos y precisión en la emisión resultaba arriesgada y, cuando menos, incómoda, porque representaba romper un hábito adquirido y no cuestionado hasta entonces. Es más, desde la existencia del *teleprompter*, la gran mayoría de espacios de televisión lo utilizan, sean o no informativos. Yo había vivido en experiencias televisivas anteriores la utilidad del *teleprompter* cuando la exactitud del discurso llevaba a la excelencia en la finalidad (el caso de Miquel Calçada, *Mikimoto*, en el

Persones humanes siempre me ha parecido el ejemplo más efectivo y que ha creado escuela en formatos posteriores). El *teleprompter* es un utensilio extraordinariamente útil también para cuadrar los tiempos respecto a delicadas puestas en escena. Un ejemplo, Joaquim M. Puyal, en *Un tomb per la vida* sólo lo utilizaba para ir a publicidad y cuadrar el discurso con la música. Y valioso, naturalmente, en un informativo, donde cuadrar el tiempo otorgado por la escaleta resulta fundamental, y no es aceptable que la introducción a una noticia pueda durar entre 20 segundos y 1 minuto en función de la inspiración del conductor. Así, que quede claro que la renuncia al *teleprompter* no es la negación de su utilidad, sino la voluntad de recuperar la oralidad en un espacio en el que la cuadratura del tiempo no es imprescindible y el peso de la comunicación entre emisor y receptor, es decir, el peso de la empatía, a mi entender, resulta fundamental en un espacio de información y complementación nocturno que no debe responder en ningún caso a una actitud maquinal o automatizada.

Así pues, aunque la renuncia a ese utensilio no era nada extraordinario, resultaba como mínimo chocante para algunas personas de la redacción que consideran al *teleprompter* como una herramienta para poder garantizar también un consenso en los criterios de explicación de las noticias. Al mismo tiempo, la renuncia al *teleprompter* implicaba, en parte, la pérdida de control de contenido y la pérdida de garantías de perfección, precisión y seguridad en el decir, un riesgo que estábamos dispuestos a correr para conseguir un hito para mí siempre más valioso: la comunicación sin barreras con el receptor. Lo que sabemos, se expresa; lo que dudamos, aflora; cuando nos equivocamos, lo reconocemos. La oralidad sin cristal traslada el conocimiento real, con las debilidades propias del discurso de cada uno y éste, para mí, era un valor y todavía lo sigue siendo.

Así, la decisión de renunciar al *teleprompter* era, sencillamente, la voluntad de recuperar el control espontáneo de la forma de comunicar la información y el lenguaje oral en la forma en la que sale del cerebro. Representaba también un reto personal, porque obliga a asumir la información con más contexto y con más datos para poder improvisar, si es preciso, en cada momento el discurso que la noticia pide y, por lo tanto, a la larga, nutre el cerebro, lo alimenta, ejercita el músculo y eso, dicen los médicos, resulta saludable.

El consenso necesario del discurso

El *teleprompter* ha facilitado el trabajo de los profesionales por distintos motivos, pero el primer factor en el conjunto de sus ventajas es que permitió consensuar un discurso. Dotó al conjunto del trabajo comunicativo de una coherencia que permitía consensuar el modo en el que explicamos a la audiencia cada noticia. Con la voluntad de no querer renunciar a esa ventaja, *La nit al dia* tiene en su escaleta –herramienta de trabajo donde consta el orden y el contenido de la información con las duraciones, el texto y la precisión de realización– el texto previamente escrito por quien es responsable de conducir todo el programa o bien una parte, aquello que creemos que debemos decir de la noticia. Esos contenidos están al alcance de toda la redacción para que todo el mundo pueda saber y precisar su contenido, en su caso, pero, durante el directo, son notas de referencia que no se reproducen exactamente. Cuando se enciende el piloto de la cámara, la noticia sale del cerebro con más o menos fidelidad al texto, pero, sobre todo, con el lenguaje espontáneo, el lenguaje no verbal –gestualidad, posición, rictus– que nos sería propio si lo contásemos a una persona que tuviéramos enfrente. Esa ausencia del cristal interpuesto con letras permite hacer este ejercicio espontáneo de partir prácticamente de cero para trasladar la información a quien nos mira habiendo reflexionado y consensuado previamente el contenido (datos, nombres, cargos, orden, ausencia de calificaciones, etc.) para mantener el rigor y la distancia propias de un informativo. Por lo tanto, permite recuperar la espontaneidad en el modo de decir la información, sin embargo, eso sí, manteniendo el exigible consenso con el resto de compañeros –que delegan en los que tenemos la responsabilidad en ciertos momentos de explicar las noticias– para conceder criterios comunes que nos hagan corresponsables a todos.

La red de seguridad radica en que el conductor, en este caso, ha podido discutir los conceptos básicos, las informaciones que van a decirse al espectador con los especialistas de cada sección (sociedad y territorio, internacional, política, economía, cultura, meteorología, deportes), de modo que han podido trasladar su criterio y opinión, cediendo su responsabilidad una vez pactados unos mínimos imprescindibles para que todo el mundo se

sienta cómodo con el contenido, al margen de la forma en la que finalmente acabe trasladándose al espectador. La improvisación debe estar en el modo de decir, de expresarse, de acentuar el discurso, no en los conceptos esenciales de la noticia y, menos todavía, en la calificación de la noticia, trabajo de los articulistas de opinión o los tertulianos. Entramos, pues, en las particularidades a las que nos llevan la ausencia del *teleprompter* y la recuperación de la oralidad.

La gestualidad

Leer no es lo mismo que explicar. El cerebro lee de forma lineal, de izquierda a derecha y de arriba abajo, y explica, narra, mirando a los ojos de los otros o al ojo de la cámara. Son distintas acciones, aunque, muchas veces, el acto de leer directamente lo que está escrito en la pantalla de la cámara resulta imperceptible para la gente que nos mira, pero no para quien lo hace, y éste es el punto clave. Quien lee, lee, y quien explica o narra, explica o narra. Y es absolutamente consciente de la diferencia, porque la persona que sabe que lee, se olvida de su cuerpo o, si no se olvida, aplica movimientos con las manos y los brazos, incluso con los músculos de la cara, que se convierten en muletas sistemáticas, no espontáneas, porque la acción de leer no exige gestualidad si no es una lectura dramatizada. Qué diferente es un actor o una actriz cuando interpreta un texto de cuando simplemente lo declama o lo lee encima de un escenario. No puede apartar la vista de los papeles, aunque los interprete, y su cabeza está pendiente de la lectura, que frena la interpretación o la enfría. Pasa algo similar, en distinto grado, con los profesionales que leen el *teleprompter* cuando conducen un informativo o, incluso, cuando hacen un programa que no lo es pero en el que, como decíamos antes, utilizan dicho instrumento.

Con el *teleprompter*, también hemos perdido la gestualidad, la naturalidad y la capacidad de comunicación del lenguaje del cuerpo, que también comunica y contribuye a construir vínculos (o a destruirlos). Las noticias nos pueden tensar, relajar, nos pueden generar más o menos intensidad que a menudo se expresa a través de las manos, de la posición del cuerpo. Nuestro cuerpo es un utensilio de comunicación esencial en televisión. Interponiendo una

mesa en medio, cortamos la mitad de su capacidad expresiva. Cuando lo sometemos a la actividad de leer, cualquier gesto que acompaña a la voz forma parte de una coreografía facial a menudo ensayada y controlada, porque no puede ser espontánea, dado que el cerebro está pendiente de otra actividad.²

Sin ser conscientes de ello, el acto de leer nos ha hecho perder la fuerza asociada al lenguaje oral, que es también el lenguaje no verbal. Renunciar a leer implica también ayudarse del cuerpo para construir el discurso, cambiar de actitud corporal en función de las noticias, no de forma sistemática, sino de forma espontánea, dejando que el cerebro coordine los contenidos con la gestualidad para hacerlos más sinceros.

En general, si observamos las actitudes de los conductores ante las noticias, nos daremos cuenta de que las sonrisas corresponden a las informaciones de cultura, deportes y meteorología —si las inclemencias del tiempo no han generado tragedia. En cambio, mantienen un rictus serio o aséptico cuando la información es internacional, política, económica o social. Las sonrisas, para las noticias supuestamente menos trascendentes. Es el espacio de la distensión, aunque cuando hablamos de deportes estemos hablando quizás de estafas sociales o económicas, o cuando hablamos de cultura, abordemos encima de un escenario las atrocidades de un dictador. Son automatismos gestuales que aplicamos sin pensar que precisamente la gracia de la oralidad es que el cerebro y el cuerpo se coordinen solos para encontrar el matiz adecuado al tono o al contenido de la noticia. Si leemos, ese ejercicio de espontaneidad en el lenguaje gestual no resulta suficientemente sincero.

La espontaneidad

Recuperar el discurso oral que proviene de la información previamente digerida o elaborada permite incorporar percepciones, datos recientes o sensaciones en el momento de explicar la noticia. Un ejemplo que nos suele suceder en

un formato como *La nit al dia*, en el que las noticias coinciden con la presencia de los protagonistas en plató y, por lo tanto, recibimos de forma automática el impacto en su presencia y, en consecuencia, su reacción. Eso, a menudo altera el resultado o la forma en la que realizamos el siguiente paso. Un ejemplo: durante la preparación, pensamos en cómo será la entrada del invitado, estructuramos una presentación en coherencia con los contenidos de la anterior noticia, que resulte lógica, y al mismo tiempo haga sentir integrado (o en alerta si es necesario) a quien nos acompaña. Pero suele suceder que la persona, estando allí ya preparada para intervenir, habla, se explica, apunta ideas. Una ventaja de confiar en la improvisación del discurso es que permite incorporar a menudo esos comentarios o esas ideas espontáneas de los invitados, que enriquecen el discurso. Se trata de confiar en el otro y, sobre todo, en la intuición de ese momento para comunicar con más franqueza lo que está sucediendo de puertas adentro, mientras los espectadores no nos ven. Hacerles partícipes incrementa la empatía y convierte el plató en una extensión de las casas donde, a esa hora de la noche, es imprescindible construir complicidades para mantenernos despiertos. Debemos pensar que este tipo de actitudes, efectivamente, serían más difíciles de administrar, a pesar de que no imposibles, en un informativo de *prime time*, dado que la hora y los ritmos son diferentes.

Las fuentes de la información

La recuperación de la oralidad a través de la renuncia a la lectura de la pantalla nos obliga a trabajar el lenguaje desde otra dimensión. Llegados a este punto sería preciso disponer de la aportación del Departamento de Lingüistas de Televisió de Catalunya, quienes nos harían algunas reflexiones sobre cómo combatir los vicios del lenguaje escrito. Pero el origen de esos vicios que trasladamos a la oralidad tiene una causa evidente en el modo en el que se trabaja la información y se traslada a través de los medios. También en ese punto existe una pérdida de la oralidad en la búsqueda de la información.

2 Los estudios científicos y divulgativos del profesor Sebastià Serrano sobre el lenguaje no verbal aplicados a esa reflexión resultan pertinentes, así como las reflexiones de Joan Bellés (1999) sobre cómo dar información.

Los periodistas hemos dejado de hablar cuando trabajamos. Ante una pantalla, encontramos todo lo que necesitamos. Cuando preparamos las informaciones, somos dependientes de fuentes ya escritas: las noticias escritas desde las agencias, los comunicados de prensa de las instituciones, las informaciones contenidas en *dossiers* o en los diarios digitales o impresos. Éstas son fuentes primarias de información. Internet y el acceso directo a los datos han permitido renunciar también a una fuente fundamental: el discurso expresado vía teléfono o en conversaciones personales. Cada vez estamos menos acostumbrados a buscar confirmaciones a través de la voz. Esperamos los mensajes escritos, la confirmación que no da trabajo, que nos llega. Y no descolgamos teléfonos. Vivimos de la escritura y reproducimos la escritura. También debemos reflexionar sobre esa dependencia que nos aleja aún más del lenguaje oral. Los periodistas hemos dejado de hablar con los protagonistas de la información: por pereza, por falta de recursos, por facilidad de los gabinetes de comunicación, que ya envían lo que necesitamos, por precariedades laborales que no nos proveen del tiempo de informar... Los periodistas hablamos poco y, en el hecho de dejar de hablar, hemos perdido habilidades comunicativas, riqueza de lenguaje, una herramienta imprescindible de nuestra profesión como lo es para un cocinero una cazuela que no se pegue.

La consecuencia de esa dependencia también es el exceso de uso de un lenguaje a menudo complejo, técnico, que proviene directamente de los documentos que proporcionan los gabinetes de comunicación y que reproducimos miméticamente sin cuestionarnos su inteligibilidad. Así, contribuimos aún más a alejar la sencillez del lenguaje oral y renunciamos a la traducción de las informaciones a un lenguaje comprensible.

La consecuencia de todo lo expuesto es que los adelantos y las presiones de tiempo, eficacia y las innovaciones tecnológicas nos llevan a hacer, quizás de forma inconsciente, una renuncia fundamental a la esencia del medio audiovisual: el uso del discurso oral. Hemos sometido nuestras prácticas profesionales a los encorsetamientos automáticos de la letra impresa, a veces a la complejidad de una redacción literaria, y eso disminuye, sobre todo en el terreno de la información, nuestra empatía y credibilidad. Los automatismos distancian al espectador y nos convertimos en lectores asépticos de datos que provienen de textos escri-

tos en pantallas. La tecnología nos permite una seguridad que nos adormece el cerebro, y lo que puede ser peor, nos hace perder la esencia del medio: la capacidad de hacer sentir al otro que explicamos de tú a tú lo que toca con un lenguaje próximo, que no debe hacer incompatibles la exactitud y la precisión del cerebro con las emociones y las habilidades de la comunicación humana.

Bibliografía

BELLÉS, J. "Saber donar informació". En: ARTIGAS, R. (coord.): *Habilitats comunicatives. Una reflexió sobre els usos lingüístics*. Barcelona: Eumo Editorial, 1999.

TERRIBAS, M. "El discurso de los ejecutivos televisivos sobre calidad en el sector público y privado". En: *Quaderns del CAC*. Barcelona: Consejo del Audiovisual de Cataluña, 2002, p. 13-25.

TERRIBAS, M. "La informació en televisió: explicar i interpretar la realitat". En: COROMINAS, M.; DE MORAGAS, M.; GUIMERÀ, J. A. (ed.) *Informe sobre la comunicació a Catalunya 2003-2004*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona. Servei de Publicacions; Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I; Barcelona: Universitat Pompeu Fabra; València: Universitat de València. Servei de Publicacions, 2005, p. 265 – 274.